

Instinto básico

PILAR RAHOLA

LA VANGUARDIA, 31.05.09

Nome resisto a la tentación. Le he dado vueltas antes de empezar este artículo. El domingo, cuando se publique, todo estará ya dicho, las emociones desatadas, el anecdotario personal, el mea culpa colectivo por no haber creído en Guardiola, ese pecado nacional... ¿Qué podría añadir, que fuera distintivo? Sin embargo, y a pesar del riesgo seguro de falta de originalidad, me resultaría extraño no dejar escrita una reflexión, cual humilde aportación a estos días históricos.

Es lo que tiene esto tan raro, raro, raro del fútbol, que está por encima de las dudas racionales. Pura hormonación positiva (frase de María Badía), capaz de remover los sentimientos de millones de personas, aunarlas en un paisaje común y someterlas a una sobredosis de euforia. Intentar explicar el fenómeno seriamente es tanto como explicar los instintos básicos. Quizás ahí está la belleza de la cosa, en su irracionalidad. Aunque es cierto que el Barça suma, a la irracionalidad del fútbol, algunas racionalidades de peso: la memoria colectiva, que lo convirtió en un balón de oxígeno de la asfixia franquista; su identidad, cuajada en el alma de la identidad catalana; su historia, que incluye el trágico hecho de un presidente asesinado, precisamente por ser presidente del Barça.

El Barça es más que un club, no sólo porque tiene una afición extraordinaria, sino porque aúna sentimientos colectivos profundos. Es cierto que los puristas ponen sus pegas, que si politización del fútbol, que si sólo es deporte, que si se usa para otros menesteres, pero la

historia es la historia, y el Barça está sobrecargado de historia catalana. Así pues, y gracias a la red de complicidades que conforma la definición de este club, millones de personas hemos vivido, estos días, un auténtico clímax colectivo.

Esto significa algunas cosas. La primera, que nos hemos sacado definitivamente de encima la mala conciencia de los años de la tontería universitaria dogmática.

¡Llegamos a ser de burros! ¡Prohibidos los boleros y el fútbol, expresión máxima del opio del pueblo!, nos decían los manuales del buen antifranquista. Suerte que, por el camino, lúcidos heterodoxos como Vázquez Montalbán y Teresa Pàmies nos reconciliaron con ambas pasiones y dejamos de disfrutarlas en la clandestinidad de nuestros bajos instintos. Ser futbolero pasó a ser un ejercicio intelectual, después de haber sido postergado a la categoría de subproducto alienador.

También significa que hemos aprendido que lo poco importante es, a menudo, muy importante. No faltan quienes, estos días de alegría, nos reprochan nuestra frivolidad. Que si estamos en una grave crisis, que si hay cosas más profundas a las que dedicarnos, que si convertimos lo vacío en central... No tienen razón. Cuando algo tan simple como un equipo de fútbol es capaz de ilusionar a millones y dar unos días de emoción, estamos ante algo muy importante. No se trata sólo del regalo sentimental que muchas personas, que quizá no están en la mejor situación, habrán recibido espontáneamente. Se trata del derecho a poner una sonrisa en la vida, de manera sencilla, sin otro aspaviento que formar parte de una complicidad deportiva. Por ello mismo, lo que está ocurriendo es algo grande.

Finalmente, significa que el Barça es una red de sentimientos, un punto de encuentro de tal naturaleza, que probablemente es la mejor escuela de convivencia y de integración. Por supuesto, existe la zona oscura, como diría Francesc-Marc Álvaro, y ahí están los gamberros de turno, con sus caras de torpes borrachos, sus semáforos como trofeo y sus cerebros aguados. Pero eso no es el Barça. Eso es el gamberrismo que tenemos instalado, cual parásito devorador, en nuestra sociedad.

Más allá de esa zona oscura, el Barça es un paisaje de encuentros, y estos días hemos visto todos los acentos del mundo con banderas del club. Otra grandeza.

Acabo con Guardiola, ese caballero que nos ha retornado a nuestros valores más sólidos. Sólo quiero decir que, como tantos, hago mi acto público de contrición por no haber creído en él. Este tipo es bueno, porque es serio. Es triunfador, porque no lo busca. Es grande, porque es sencillo. Me saco el sombrero, y pido perdón.